

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

Este niño no es un poeta.

Duguech, Gabriela.

Cita:

Duguech, Gabriela (2012). *Este niño no es un poeta. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/772>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/TB8>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ESTE NIÑO NO ES UN POETA

Duguech, Gabriela

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Tucumán - Consejo de Investigaciones, Universidad Nacional de Tucumán. Argentina

Resumen

Cuando nos encontramos con trastornos del lenguaje en los niños no podemos desentendernos ni de la estructura que es el lenguaje, ni del sujeto que la habita o no a través de su discurso. No podemos reducir el lenguaje a sus déficits instrumentales de expresión, de comprensión o de ambas combinadas, como lo propone el DSM IV, y tratar la función aislada del sujeto y su Otro que le da un lugar o no en la palabra.

Son el discurso y sus indicadores los que nos darán la perspectiva diagnóstica que nos permita distinguir, sin excluir al sujeto del mundo de lo humano. Pero no basta un acto de voluntarismo ni un gesto de humanismo para considerar al sujeto como producido, efecto del poder del lenguaje. Hemos pensado por el contrario, desde el psicoanálisis y los aportes de la lingüística, en los trastornos del lenguaje como efecto del lenguaje en tanto que sistema y en lo determinante que es para la estructura subjetiva, que el sujeto lo asuma o no por entero en su discurso. Pondremos a prueba través del caso L, varón de 5 años que no habla, las hipótesis antes propuestas en relación al desarrollo del lenguaje y la constitución de la subjetividad.

Palabras Clave

Sujeto, Estructura, Discurso, Trastornos

Abstract

THIS CHILD IS NOT A POET

When faced with language disorders in children we can not ignore neither the structure which is the language nor the subject who inhabits, or not, through his speech. We cannot reduce the language to their instrumental deficits of expression, understanding or both combined, as proposed by the DSM IV, and treat the function isolated of the subject and its other that gives him a place or not in the word. The speech and its indicators are the elements that will give us the diagnostic perspective that allows us to distinguish, without excluding the subject of the human world. But it is not enough an act of voluntarism or a gesture of humanism to consider the subject as produced, effect of the power of the language.

We thought instead, from psychoanalysis and the contributions of Linguistics, disorders of language as the language effect while it is a system and how determining it is of the subjective structure that the subject assume it not completely in his speech. We will put to test the case through L, 5-year-old male who does not speak, the hypothesis proposed in relation to the development of the language and the constitution of subjectivity.

Key Words

Subject, Structure, Speech, Disorders

Introducción

L, varón de 5 años, llega traído por sus padres que han sido derivados por una institución oficial donde se asesora sobre educación especial y la posible inclusión de niños con problemas en la escuela común. En ese equipo hay una psicoanalista que ha advertido que este niño de 5 años tiene algo más que un retraso en la adquisición del lenguaje.

L fue escolarizado en una guardería para niños necesitados y ya allí se advirtieron problemas de desarrollo. El niño respondió a la estimulación que logró muchas cosas según la madre, pero el problema de la ausencia de lenguaje no se resolvió. Los padres fueron atendidos como pareja en dicha institución por una psicóloga de orientación sistémica, para resolver los permanentes disputas entre ellos, sesiones que tuvieron al parecer poca continuidad y terminaron abandonado.

L fue diagnosticado por distintos profesionales, y entre otros tantos diagnósticos presuntivos está el de afasia. La madre, aún ya avanzado el tratamiento conmigo, seguirá sosteniendo que algo no le funciona en la cabeza y si no sería conveniente una tomografía, "es que no entiende" dice. Esta interpretación, casi certeza de la madre de que su hijo es inmune a cualquier mensaje, es frecuente en estos casos graves. La llamaría desuposición de saber en tanto contraria a la operación propia de la experiencia analítica, la del "sujeto supuesto saber" que instituye la transferencia y que consiste primero en suponer un saber inconciente y luego conectar, suponiéndolo, un sujeto a ese saber.

En los niños llamados normales encontramos que sus padres le suponen un saber sobre el lenguaje mucho antes de que empiecen a hablar, la prueba de esto es que les hablan y en el mismo movimiento, apuestan a una subjetividad que recepta estos mensajes. Que el sujeto hable de aquello que le habló, esta frase que Lacan formula en relación a la psicosis, puede ser generalizada a la estructura del lenguaje que precede en su existencia al sujeto. El caso de los niños lobos retomado por Maleval es altamente elocuente de la dependencia fundamental del hombre al lenguaje. Un niño aislado de la comunidad humana ya es extremadamente infrecuente, si sobrevive criado entre animales podrá adquirir muchas habilidades pero no adquirirá la palabra.

Entrevistas con los padres

La madre se entera "de golpe, que está embarazada". Primeriza y sola es como se encuentra en ese momento ya que su madre murió cuando ella tenía 10 años. Su reacción ante el embarazo es de "odio, rabia, vómitos que la tienen 3 meses tirada en cama", y en sus palabras "la llevan casi a la internación... no quería saber nada, devolvía". El padre de L casado y separado tres años antes cuando

ella lo conoce, “sí quería” tener este hijo, pero su mujer le “hace la guerra” a la madre de L llamándola por teléfono y diciéndole “yo soy la única”.

En relación a L la madre refiere que lo atendía “de lejos, para que no se acostumbre”. Ella mantenía su trabajo de telefonista con turnos rotativos, en la remisería donde el padre de L trabajaba de remisero. L queda al cuidado del abuelo “frente a la T.V”. Hacia el año, llamaba la atención que “no balbuceaba, muy inquieto, no dejaba que uno lo agarre... al abuelo lo sigue más que a nosotros”. Cuando lo llevaban a cumpleaños corría, no se integraba con los otros niños. No comía y al momento de consultar lo único que come es carne. Cuando le quitaban algo lloraba y se daba la cabeza contra la pared.

Es el médico del padre que lo atiende por asma, que les dice que “le falta estimulación” y les sugiere que lo lleven a la guardería donde entra a los tres años y medio. Es allí donde logran que se desprenda del pañal para hacer caca, también allí aprendió a jugar, a dormir la siesta.

La madre refiere que es en el Hospital de niños donde le hacen un electro y el neurólogo diagnostica Síndrome de Asperger. Una psiquiatra luego de varios estudios sugiere el diagnóstico de “afasia” aunque no culmina la evaluación. En el Hospital de niños hablan de un problema de maduración “cuando tenga 5 será como de 3 y siempre así, retraso”. La fonoaudióloga que lo ve hace 5 meses al momento de la entrevista, le dice a la madre que “no es problema emocional” y la madre agrega “tampoco le conté mis problemas”.

La madre señala que L no sabe contestar las preguntas y no arma frases, también repite.

Al año y medio no había forma de que se duerma, decían que era ADDH. Le hicieron audiometría que dio bien. Por el informe de la guardería me entero de una internación en terapia intensiva por neumonía al año de edad y de la que le queda como secuela problemas de garganta cada 15 días.

La madre tiene frecuentes peleas con el abuelo porque “lo mimaba muchísimo” y cuando ella lo reta el abuelo interviene con un “pobrecito” “vos no lo entendés” “dejalo que se suba a la mesa”. L duerme con el abuelo en “camas pegadas”. Para la M este abuelo se aferra mucho a L que a su vez se angustia cuando aquél no llega. Este hombre viudo deja de trabajar primero para cuidar a su propia madre enferma a pedido de su padre que tiene una jubilación. y luego, a pedido de su hija que es la que sale a trabajar, se queda en casa al cuidado de L.

El padre viene por propia iniciativa diciéndole a la madre “vos tenés tu pasado pero yo también”. Es efectivamente “un pasado difícil” muy pobre en una provincia vecina adonde se lo lleva a vivir su abuela materna, a pesar de que su madre no quería y siempre lo quiso ir a buscar. La abuela, a quien él decía “mamá” muere cuando él tiene 8 años, alguien le dice que lo va a ir a buscar su madre pero él no quería. Sufre de enuresis hasta los 10 años “un trauma, no entendía por qué, me daba cuenta que no era normal”. Le decían que tenía que ir a un Psicólogo, él no sabía lo que era. Después sí supo cuando para ser chofer le hicieron que dibujara, como a L.

Cuando viene a Tucumán él era “el burrito de...” el 1º año queda de grado “yo era buen alumno” pero comenzó a venirse abajo con la muerte de la abuela a la que define como de carácter fuerte.

“No tuve figura paterna”, lo más cercano fue un tío, hermano de la abuela. A los 13 años conoció a su padre biológico. El se sitúa como “el hijo de una aventura”, nunca pudo conversar con su madre sobre si hubo amor entre ellos, siempre [están] el marido de la madre o sus dos hermanos presentes. La madre cuidaba a un señor de 80 años, de plata, educado pero “difícil”, había internado a los hijos y nadie lo venía a ver. Le pidió que le dijera “abuelo” y le enseñó muchas cosas. El sabía quién era su padre pero “no lo sentía” como tal. También supo a los 15 quién era su abuelo (materno) porque éste se presenta y lo presenta a él como su nieto y a la madre como hija. Había tenido 10 hijos y, por fuera del matrimonio, dos con su abuela. Finalmente dirá que padre para él es “el que te enseña”.(1)

Trabajo con el niño

L entró por primera vez al edificio donde está el consultorio en estado de pánico aparentemente por el ascensor, reticente al contacto y mudo. Tenía 5 años y terminaba sus dos años de guardería. Luego de un año de tratamiento, es un niño muy distinto, lo advirtieron los vecinos y la maestra donde cursó su jardín en la escuela común. Sin embargo le preocupa que no pueda nombrarse como “yo”. También advierte esta dificultad la maestra particular que lo apoya en el comienzo de su 1º grado, y al intentar corregirlo cuando él se nombra en tercera persona “L”, se genera el siguiente diálogo imposible: maestra: - no tenés que decir así tenés que decir yo

L:- no vos no, “L”. El único yo es el de la maestra que negaría la existencia de L en ese deseo o acción, L no puede ubicarse como “tú” para el otro y recíproca y alternativamente ubicar el lugar de “yo”.

Cuando habla por teléfono en una especie de juego conmigo, elige mi celular y a mi me deja el teléfono de juguete, llama a alguien y como no le contesta cuelga molesto porque “no funciona”. Si yo digo por ej hola ¿L? El repite Hola L. Puede hacer un pequeño monólogo con formulas tipo ¿Como estas? Que tal? Bueno, chau, pero nunca establecer un diálogo conmigo.

Cuelga porque “no funciona” la estructura de un diálogo donde él imagine y responda a ese interlocutor ficticio que estaría del otro lado

A su vez me cuelga, me rechaza como otro que intento responderle desde la ficción del interlocutor que soy, hablándole desde el otro teléfono.

En su preferencia no elige el teléfono de juguete sino el objeto real que no requiere ninguna ficción para ser. Tiene fascinación por una pequeña calculadora calendario de mi escritorio, por los botones del ascensor que usa correctamente, por el portero que se desespera por responder, pero que cuando lo descuelga sin que haya sonado y no responde (porque requiere de la llamada del otro) dice también “no funciona”. Esto ocurrió con el ascensor que nunca se equivoca cómo usar. En una ocasión luego de apretar el piso del consultorio, aprieta otro en una especie de travesura que yo le señalo, pero que él no admite como tal. Si el ascensor subió un piso 8 antes de ir al 4 donde está el consultorio dice “no funciona”.

Desde el comienzo del tratamiento hasta ahora ha hecho progresos en el lenguaje sobre todo en su capacidad denotativa: logra nombrar numerosos objetos y escenas y lo que al principio evitaba, nombrar figuras humanas, comenzó a hacerlo. Son figuras representadas en especies de rompecabezas que arma con corrección.

Arma frases cortas para pedir algo que quiere, por lo general algún objeto de su preferencia. Puede jugar y de hecho éste ha sido el médium simbólico privilegiado en los primeros tiempos de la cura.

Voy a situar algunas escansiones en el tratamiento marcadas por determinados juegos, la aparición de significantes nuevos y una creciente regulación pulsional. Dejaré para el final algunas consideraciones diagnósticas.

Comienzos: en el primer encuentro no se quiere desprender de un auto que finalmente deja. En la primera sesión noto su buena motricidad aunque se muestra inquieto y ansioso. Vacía todo los juguetes del balde, elige autos y los hace rodar y desaparecer bajo el diván varias veces. Intenta atar un auto-teléfono a un camioncito y por gestos y una palabra “trenza” me indica que lo ayude. Interrumpe para ir al baño mientras se baja el pantalón por el pasillo.

En la 2ª sesión se muestra menos inquieto y coloca un muñeco en el camión. Si hace una torre y la tira dice “se cayó” o repite en distintos momentos ante un pequeño suceso la siguiente frase “qué ha hecho”. Comienza a jugar juegos de encaje donde nombra “mamá” “abuelo” “nena” (donde hay nenas) lo primero que nombra es el “cabello”, o en otras ocasiones lo que tienen en la mano (¿un modo de nombrar metonímico?), evitando nombrar las figuras humanas. Entre algunas palabras claras, habla una jerga inentendible que va a ir desapareciendo con el tiempo. Viste un muñeco nombrando “remera”.

En otra sesión donde el padre contento me cuenta que vino en ascensor al parecer sin miedo, L con la cabeza niega mientras dice “no”. Se encuentra con un muñeco y una muñeca y comienza a vestirlos y desvestirlos, los acerca, creo entender que bailan entonces los hago bailar y lo digo.

Encuentra mi sello y lo usa sobre un papel haciendo una especie de firma, le dibujo el contorno de una mano luego la otra y luego a él, entonces se nombra. Cuando le pido el sello, le digo que lo deje, comienza a nombrar, “ojos boca orejas nariz”, los números de teléfono hasta 6. Entonces trae un bebé lo pone sobre el escritorio (traigo una boligoma y la uso de mamadera) sigue el juego y dice “abrí la boca” repetitivamente. Sella la mamadera en varias partes y trae un muñeco y una muñeca y los pone a ambos lados del bebé y les va dando la mamadera. Luego sella el dibujo en que lo representé: en la cabeza, los genitales y el corazón varias veces. Mientras juega escucho un “abuelo callate!”. Acepta el corte de sesión y se va tranquilo en el ascensor con el padre.

La sesión siguiente repite el mismo juego pero cuando les da la leche “abrí la boca” agrega “poquito”. Vuelve a sellar la mamadera y los pies del muñeco al que más adelante nombrará papá, y dirigiéndose al bebe dice “uf, caca!” y comienza a desvestirlo como para cambiarlo.

Busca los autitos, elige uno y jugamos a tirarlo cada uno en dirección del otro, cuando le digo “tuyo” tirándole el que el eligió el repite “tuyo” (en vez de mío) después de un rato los dice bien. Me nombra “señorita”, ata el teléfono-autito al camión (con mi ayuda) y los coloca transversalmente al recorrido de nuestros autitos que se enganchan con el hilo, pasan sobre él o por debajo. La madre señala cambios por ej. ante la sugerencia de una tía de ponerse remera él contesta “no, hace mucho calor” una frase así, dice la madre, no se había producido nunca. Aparecen más palabras pero

sigue confundiendo “tuyo” y “mío” y aparece repetitivamente “¡qué hiciste!” (en 2ª persona).

Ante una cartulina negra dice “cara”, me pide que dibuje una cara, pregunto qué le pongo y él nombra “ojos, nariz, oreja cabello” le pego un lápiz queda un títere, hacemos otro por iniciativa de él le hago cara de chica, él dice “chica” cuando le muestro el otro (con cara de varón) él dice “rojo”. Vuelve a jugar con el muñeco y la muñeca, ella lo pateo a él y al revés. También los hace besarse y los coloca uno arriba del otro. En otra sesión alimenta a los muñecos pero ya no con mamadera sino con cuchara.

La maestra de jardín, con la que tengo una entrevista, señala a L como “divino “integrado” pero sin embargo: en clases especiales “conecta y desconecta”, en la iniciación de las actividades responde recién al 2º llamado y se coloca casi de espaldas y cuando ella agrupa varones y mujeres “el se venía con las nenas”. Se muestra temeroso, no participa cuando se cuentan cuentos, y se tapa las orejas cuando cantan canciones por ej. La Gallina Turuleca. A la madre esto le llama la atención porque le gusta la música y le pide que le cante.

Aparece algo del orden de una separación: La madre que tenía que venir sola a una entrevista aparece con él y propone pasar juntos o “media y media sesión con cada uno”. L produce en esta ocasión por 1ª vez espontáneamente una figura humana y dice “este soy yo... la señorita Adriana”. La madre comenta delante de él que está caprichoso, que no hace caso a la señorita, L se esconde tras su mamá. Esta luego me dirá que está preocupada porque entraron unos mellizos a la escuela, cuyo padre es violento y los niños tienen retraso. L sigue a uno de ellos y hace todo lo que ese niño terrible hace. Los caprichos de L cuando salen consisten en siempre querer más o deja y pide otra cosa “no entiende”.

En las siguientes sesiones L aparece por la ventana del balcón antes que termine con el paciente anterior, en su sesión construye una casa donde intenta meter todos los muñecos dentro (le digo que quizás no entra todo). Busca unos anteojos que no encuentra entonces se los dibujo él me indica lo que falta y dice como otras veces “terminó” como decidiendo el final de la sesión, le digo que aun no y vacía la caja de muñecos casi sobre mí (golpeándome un poco con ellos) e intentando abrir la puerta dice “mamá terminó” (le digo que su mamá está leyendo fuera) y repite “mamá terminó” (con cierta angustia).

En la sesión siguiente usa varias veces el “no” al comienzo de la frase. Trae una muñeca y bajándole el vestido dice “chichis”, luego se lo vuelve a subir y repite una vez más en silencio este acto. Mirando el cuento de Winnie de Pooh dirá “no está preocupado” (cuando le pregunto que lo preocupa a él, no contesta).

En sesión posterior ante mis preguntas o demanda de hablar contesta “no sabe” lo mismo cuando parece escribir letras. Jugando con el muñeco y la muñeca a meterlos detrás de la pantalla de la lámpara el muñeco se quema L se asusta y dice “se ha roto” y como dice “gallina” y luego “huevos” que ve en la tapa de un libro se los dibujo juntos, agarra el libro de Winnie Pooh me lo muestra en una escena que aparece volando sobre un globo. Entonces dice “terminó, mamá allá” señala mi agenda “libro” para que le anote la próxima sesión. La madre cuenta que el fin de semana pedía venir al “4 B”.

El significante familia. Ha logrado armar puzzles de niños que juegan con distintos objetos que nombra, pero ante mi propuesta de hacerlos interactuar como personajes por ej. no se engancha. Sigue armando una casa donde mete todos los muñecos esta vez haciéndole un techo “triángulo”. A partir de que encuentra un puzzle con distintas escenas de niños jugando dice “familia”(le pregunto dónde vio una familia) me muestra el puzzle (ah papá y mamá trabajando y cuidando un bebé! busco los muñecos y le digo ahí hay una familia) entonces comienza a nombrarlos “papá” y “mamá” “mi bebe” juega y habla llamando al padre por ej. y riendo cuando éste se va enojado porque la madre le pega (a mí me hace manejar al padre) y lo llama “¡papá no te vas!” y lo busca. Este juego se va a repetir a lo largo de varias sesiones lo hace hablar, interactuar conmigo, darme un personaje (por lo general el padre). En una ocasión luego de darme el padre a mí dice “yo, mamá”. Al principio los baña tirándoles ladrillitos mientras dice “agua caliente” “agua fría”, pero el juego que predomina es el de la madre que golpea al padre. En un momento le propongo hacer una mesa él hace una torta y por su iniciativa festejamos el cumpleaños del padre, canta y sopla velas.

Sin embargo, aparece como un rechazo al uso metafórico de los objetos para representar una escena de ficción. Por ejemplo un cumpleaños: trae los muñecos las tazas para servir la merienda pero cuando le hago una torta de plastilina dice “eso no es una torta, es plastilina” me parece que este mecanismo de desmetaforización del objeto reducido a su realidad de cosa, es homóloga a la dificultad de reducir las cosas a sus metáforas, esa pérdida necesaria para que surja la palabra en ausencia de la cosa.

Con el cuento, Winnie Pooh, que por un tiempo despertó su interés y lograba hacer una escueta narración descriptiva, últimamente desarrolla una escena en la que busca este cuento, un lápiz, se coloca mis anteojos de sol que encontró en mi cartera y se sienta en un sillón al lado de una pila de libros en actitud de lector-escritor concentrado mientras me pide que yo me ocupe de otra cosa.

Así como a nivel del discurso su uso es muy precario y el sujeto aparece en tercera persona, es notable la seguridad en la escritura (comienza 1er. grado) y lo que escribe es la frase “Hoy es...” sin equivocarse en la fecha y también su nombre. Ese hoy esta ahí probablemente porque pertenece a una frase hecha en una especie de ecolalia diferida, no como un indicador subordinado al pronombre personal que falta.

También a modo de ritual y a partir de que al comienzo yo terminaba la sesión y llevaba la agenda para darle un turno que se lo decía a la madre, él se apresuraba a llevar la agenda y garabateaba una escritura y me la devolvía.

Encuentro en estos fenómenos algo del orden de lo que Lacan señala en Schreber que hace de él un escritor mas no un poeta (Lacan, 1984:114). Schreber elabora un largo discurso donde “no da en lado alguno la impresión de una experiencia original en la que el sujeto mismo esté incluido, es un testimonio, verdaderamente objetivado... un testimonio delirante. No se puede decir que prescinda del reconocimiento del otro, de hecho escribe para que nadie ignore lo que experimentó”. Ese reconocimiento Lacan lo pone en cuestión dada “la suficiencia que tiene en su propio mundo, la auto-comprensibilidad”, si bien no lo niega totalmente. Hay poesía en cambio “cada vez que un escrito nos introduce en un mundo diferente del nuestro y dándonos la presencia de un ser, de determinada relación fundamental, lo hace nuestro también... la poesía es creación de

un sujeto que asume un nuevo orden de relación simbólica con el mundo”(Lacan: 1984).

Freud sitúa al niño que juega como un poeta en tanto creador de un mundo nuevo, aunque no nos busque como destinatarios de esa poesía no la esconde tampoco. Los juguetes son soporte metafórico de su deseo que circula en esa escena de ficción.

Hay dos momentos que tienen, en los juegos de L, una pregnancia poética:

Una especie de ritual en que L antes de comenzar a jugar repite en numerosas sesiones: toma una de las cajas de juguetes que contienen ladrillitos y se los tira lentamente sobre la cabeza, cuando en algún momento lo interrogo él dice “juguetes”. Con estos ladrillitos construirá más adelante una casa o una guitarra con la que representa a un cantante (sin emitir sonido). Aquella escena evoca lo que R. Lefort denomina “bautismo” de Robert donde éste se recubre de leche en presencia de la analista y evoca el nacimiento de un sujeto.

Otro juego clave y repetitivo del comienzo que L luego abandonará, es el acto de alimentar a un bebé colocándolo entre dos muñecos que más adelante nombrará “papá” y “mamá”. A este mismo bebé lo marcará con mi sello en partes del cuerpo que no son cualquiera marcando antes el objeto que lo alimenta. Hay también aquí una especie de juego ritual que evoca a un sujeto que nace de dos: de la leche y la tinta. Y ella marca, pero no hay me parece un sujeto que surja de una operación metafórica entre significantes, donde el sujeto podría ser representado como un significante para otro significante.

Es como si este niño nos mostrara con este juego-acto ritual que sólo hay sujeto si hay lenguaje, pero éste parece tener en este caso la exterioridad de un enchapado de escritura donde el sujeto se hace sellar, marcar, por el lenguaje sin habitarlo. De ahí que haya lenguaje pero no propiamente discurso y que falten en la palabra del niño los elementos de personización, el “yo” y el “tú”, como sostén del discurso así como los indicadores de tiempo y lugar que se organizan alrededor de los pronombres personales.

Otro indicador de la falta de metáfora paterna y del significante fálico es la ausencia de diferencia de los sexos desde lo simbólico que se manifiesta en su ubicación del lado nena. La fascinación por el compañerito terrible ¿indica una forma de “como si” del sujeto donde sostendría una virilidad imaginaria? ¿su amor y facilidad por la escritura trazaría una vía posible de estabilización?

A modo de conclusión

Cuando nos encontramos con trastornos del lenguaje en los niños no podemos desentendernos ni de la estructura que es el lenguaje, ni del sujeto que la habita o no a través de su discurso. No podemos reducir el lenguaje a sus déficits instrumentales de expresión, de comprensión o de ambas combinadas, como lo propone el DSMIV, y tratar la función aislada del sujeto y su Otro que le da un lugar o no en la palabra.

Son el discurso y sus indicadores los que nos darán la perspectiva diagnóstica que nos permita, distinguir sin excluir al sujeto del mundo de lo humano, puesto que es el lenguaje el que enseña la definición misma de hombre, tal como lo propone Benveniste. Pero

no basta un acto de voluntarismo ni un gesto de humanismo para considerar al sujeto como producido, efecto del poder del lenguaje. Belaga da el ejemplo de los psiquiatras humanistas como Kleist y Leonhard que se oponen al manual americano y su clasificación basada en los efectos del psicofármaco, con una agrupación de síntomas sensibles a la química. Lamentablemente estos psiquiatras, “al igual que Bleuler y Henry Ey, sitúan el fenómeno como efecto de una causa extranjera a la textura de la manifestación, causa que está situada en el organismo” (Belaga, 1999) y entonces se borran las diferencias entre la psiquiatría humanista y la biológica-química y estadística del DSMIV que “pretende albergar sin fricciones todas las posiciones académicas”.

Hemos pensado por el contrario, desde el psicoanálisis y los aportes de la lingüística, en los trastornos del lenguaje como efecto del lenguaje en tanto que sistema y en lo determinante para la estructura subjetiva que es que el sujeto lo asuma o no por entero en su discurso. Sólo así la invitación analítica puede ser como lo propone Jacques Alain Miller un aprenderás tal vez la lengua que hablas.

Nota

(1) El padre señala que el se dio cuenta que L tenía algún problema y no consultó antes “por hacer caso a todos” que decían que ya va a hablar. De la internación por neumonía al año y tres meses dice que fue un trauma, que el niño estuvo 20 días con respirador, atado, que pataleaba, miraba, muy nervioso. Cuando lo sacaron veía blanco y manifestaba miedo “se acordaba de todo”. También para caminar se retrasó hasta el año y medio “tenía miedo”. El abuelo le da a L lo que le pide, si son dos bifés se los da, nunca le dice que no. Si el se lo saca porque lo va a romper aquel se lo da de nuevo. Y dice que no lo dejen llorar. Este abuelo le recuerda a un compañero que tuvo “desconectado”, no pregunta, no establece un diálogo, salvo de fútbol con los amigos, “es raro”. El padre de L manifiesta que no puede poner límites “porque no es mi casa no tengo derecho”.

Bibliografía

- Benveniste, E. (1966) Problemas de lingüística general, Siglo XXI, Buenos Aires 1976.
- Belaga, G.: Formas clínicas. Buenos Aires: Catálogos-Descartes, 1999
- Lacan, J.: Seminario III: Las psicosis. Barcelona: Paidós 1984
- Maleval, J.-C. (1981): Locuras histéricas y psicosis disociativas. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Rodríguez, L.: El decir autista, Temas Cruciales I Las psicosis en la infancia, Buenos Aires: Atuel/ Fundación Infancias /Fundación Descartes, 1998